

del real de Culucan. Trató muy bien los embajadores, díjoles cómo dende á tres dias queria combatir la ciudad; por tanto, que todos viniesen para entonces con armas, y que en aquello conocería si eran sus amigos; y así los despidió. Ellos prometieron de venir y cumplieronlo. Envió tras esto tres bergantines á Sandoval y otros tres á Pedro de Albarado, para estorbar que los de Méjico no se aprovechasen de la tierra, metiendo en canoas agua, frutas, centli y otras vituallas por aquella parte, y para hacer espaldas y socorrer á los españoles todas las veces que entrasen por la calzada á combatir la ciudad; ca él tenía muy bien conocido de cuánto provecho eran aquellos navios estando cerca de las puentes. Los capitanes dellos corrian noche y dia toda la costa y pueblos de la laguna por allí; hacian grandes saltos, tomaban muchas barcas á los enemigos, cargadas de gente y mantenimiento, y no dejaban á ninguna entrar ni salir. El dia que aplazó los enemigos al combate oyó Cortés misa, informó los capitanes de lo que habian de hacer, y salió de su real con veinte caballos y treientos españoles, y gran muchedumbre de amigos, y dos ó tres piezas de artillería. Encontró luego con los enemigos, que, como en tres ó cuatro dias atrás no habian tenido combates, habian abierto muy á su placer lo que los nuestros cegaron, y hecho mejores baluartes que primero, y estaban esperando con los alaridos acostumbrados. Mas como vieron bergantines por la una parte y por la otra de la calzada, aljoraron la defensa. Conocieron luego los nuestros el daño que hacian: saltan de los bergantines en tierra y ganan el albarrada y puente; pasó luego el ejército, y dió en pos de los enemigos, los cuales á poco trecho se guarescieron en otra puente. Mas presto, aunque con harto trabajo, se la ganaron los nuestros, y los siguieron hasta otra; y así, peleando de puente en puente, los echaron de la calzada y de la calle, y aun de la plaza. Cortés anduvo con hasta diez mil indios, cegando con adobes, piedra y madera todos los caños de agua, y allanando los malos pasos; y fué tanto de hacer, que se ocuparon en ello todos aquellos diez mil indios hasta hora de visperas. Los españoles y amigos escaramuzaron todo este tiempo con los de la ciudad, de los cuales mataron muchos en las celadas que les echaron. Tambien anduvieron un rato por las calles que no tenían agua ni puentes los de caballo alanceando ciudadanos, y desta manera los tuvieron cerrados en las casas y templos. Era cosa notable lo que nuestros indios hacian y decian aquel dia á los de la ciudad: unas veces los desafiaban, otras los convidaban á cena, mostrándoles piernas y brazos y otros pedazos de hombres, y decian: «Esta carne es de la vuestra, y esta noche la cenaremos y mañana la almorzaremos, y después vernemos por mas: por eso no huyais, que sois valientes, y mas os vale morir peleando que de hambre;» y luego tras esto apellidaron cada uno su ciudad y ponian fuego á las casas. Mucho pesar tomaban mejicanos de verse así afligidos por españoles; empero mas les pesaba en verse ultrajar de sus vasallos, y en oír á sus puertas, victoria, victoria, Tlaxcallan, Chalco, Tezcuco, Xochmilco y otros pueblos así; ca del comer carne no hacian caso, porque tambien ellos se comian los que mataban. Cortés viendo los de Méjico tan

endurecidos y porfiados en defenderse ó morir, coligió dos cosas: una, que habria poca ó ninguna de las riquezas que en vida de Moteczuma vió y tuvo; otra, que le daban ocasion y le forzaban á los destruir totalmente. De entrambas le pesaba, pero mas de la postrera, y pensaba qué forma ternia por atemorizarlos y haberles venir en conocimiento de su yerro y del mal que podian recibir; y por eso derribó muchas torres y quemó los ídolos; quemó asimismo las casas grandes en que la otra vez posó, y la casa de las aves, que cerca estaba. No habia español, mayormente de los que antes las vieron, que no sintiese pena de ver arder tan magníficos edificios; mas porque á los ciudadanos les pesaba mucho, las dejaron quemar. Y nunca mejicanos ni hombre de aquella tierra pensó que fuerza humana, cuanto mas de aquellos pocos españoles, bastara entrar en Méjico á su pesar, y poner fuego á lo principal de la ciudad. Entre tanto que ardia el fuego recogió Cortés su gente y volvióse para su real. Los enemigos quisieran remediar aquella quema, mas no pudieron; y como vieron ir á los contrarios, diéronles grandísima carga y grita, y mataron algunos que, de cargados con el despojo, iban rezagados. Los de caballo, que podian muy bien correr por la calle y calzada, los detenian á lanzadas; y así, antes que anocheciese estaban los nuestros en su fuerte y los enemigos en sus casas, los unos tristes y los otros cansados. Mucha fué la matanza deste dia, pero mas fué la quema que de casas se hizo; porque sin las ya dichas, quemaron otras muchas los bergantines por las calles donde entraron. Tambien entraron por su parte los otros capitanes; mas como era solamente para divertir los enemigos, no hay mucho que contar.

La diligencia de Cuahutimoc y de Cortés.

Otro dia siguiente muy de mañana, y después de haber oido misa, tornó Cortés á la ciudad con la misma gente y órden, porque los contrarios no tuviesen lugar de limpiar las puentes ni hacer baluartes. Mas por bien que madrugó, fué tarde, ca no se durmieron en la ciudad; sino luego que tuvieron fuera al enemigo tomaron palas y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacian albarradas; y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban, y hartos perecian en la obra, del sueño y hambre que, sobre cansados, pasaban. Mas no podian al hacer, porque Cuahutimoc andaba presente. Cortés combatió dos puentes con sus albarradas; y aunque fueron recias de tomar, las ganó. Duró el combate dellas de las ocho á la una después de mediodia; y como habia grandísimo calor y mucho trabajo, padescieron infinito. Gastóse toda la pólvora y pelotas de las escopetas, y todas las saetas y almacén que los ballesteros llevaban. Harto tuvieron que hacer en ganar y cegar estas dos puentes aquel dia. Al retirar recibieron algún daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venian tan ciegos y engolosinados, que no advertian á las celadas que les ponian de los de caballo, en las cuales morian muchos, y los delanteros, que debian ser mas esforzados, y aun con todo este daño, no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Albarado ganó tambien este dia dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda

de los tres bergantines, y mató hartos enemigos. Algunos españoles culpaban á Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello habia eran grandes, porque cada dia tenia un mismo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez las puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban puente; y unos no sabian nadar, otros no osaban, y otros no querian, porque los enemigos no les dejaban salir, á cuchilladas y botes de lanza; y así, se tornaban heridos ó se ahogaban. Otros decian que ya que no pasaba el real adelante, debia sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase. Mas él, aunque muy bien conocia esto, no lo queria hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real á la plaza, que les podian cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del dia y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdía; pues sustentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el dia, no podian pelear la noche; la otra, que si las encomendaba á indios era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de que se podria seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen coprazon de sus españoles, que cayendo ó levantando habian de hacer como él, seguia su parecer, y no el ajeno.

Cómo tuvo Cortés docientos mil hombres sobre Méjico.

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles, ó tan enemigos de mejicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra á los de Iztacpalapan, Mexicalcincó, Cluitlauac, Vitcolpuchli, Culucan y otros lugares de la laguna Dulce, que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca después que sitió á Méjico le habian enojado. A esta causa, y por ver que españoles llevaban de vencida á los mejicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés, y á rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen mas daño. El los recibió en su amparo, y les dijo que no les seria hecho mas mal; y que nunca dellos tuvo enojo, sino de los de Méjico, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada, les hacia saber cómo no levantaria el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra. Por eso, que les rogaba le ayudasen con acalles, pues tenían muchos, y con la mas gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenían, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre á torre, donde era el real, que muy á placer cabian en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servian; que los demás en Culucan dormian siempre, que no estaba mas de legua y media. Tambien provayeron estos el real de algun pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que en

tonces habia en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y son algo diferentes de las nuestras. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse á Cortés, y entraban y salian libremente entre españoles. Veníanse todos á sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar; y así, pienso que habia sobre Méjico docientos mil hombres; y aunque es mucho de ser capitán de tan grande ejército, fué mucho mas la destreza y gracia de Cortés en tratar y regirlo tanto tiempo sin motin ni riña. Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que va de Tlacopan, que es muy principal y tiene siete puentes, para que libremente se comunicase con Pedro de Albarado, que con esto pensaba tener hecho lo mas; y para hacerlo llamó la gente y barcos de Iztacpalapan y de los otros pueblos de la laguna Dulce, y luego vinieron tres mil; mil y quinientos de los cuales echó con cuatro bergantines en la una laguna, y los otros mil y quinientos en la otra con los tres bergantines, para que corriesen la ciudad, quemasen casas, y hiciesen todo el mas daño que pudiesen. Mandó á cada guarnicion que entrase por su cuartel y calle matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y el metióse por la calle de Tlacopan con ochenta mil hombres. Ganó tres puentes della, y cególas; las otras dejó para otro dia, y volvióse á su puesto. Tornó luego al siguiente dia por la misma calle con la gente y órden pasada. Ganó muy gran parte de la ciudad, y nunca que Cuahutimoc diese señal de paz; de que mucho se maravillaba Cortés, y aun le pesaba, así por el mal que recibia, como por el que hacia.

Lo que hizo Pedro de Albarado por aventajarse.

Quiso Pedro de Albarado pasar su real á la plaza del Tlatelulco, porque pasaba trabajo y peligro en sustentar las puentes que ganaba con españoles á pié y á caballo, teniendo su fuerte lejos dellos tres cuartos de legua, y por aventajarse tanto como su capitán, y porque le importunaban los de su compañía diciendo que les seria afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza antes que ellos, pues la tenían mas cerca que ninguno; y así, determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse á la plaza. Fué pues con toda la gente de su guarnicion, llegó á una puente quebrada, que tenia de largo sesenta pasos; ca porque los nuestros no pasasen la habian alargado y ahondado dos estados en agua. Combatióla, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó. Dejó dicho á unos que la cegasen, y siguió el alcance con hasta cincuenta españoles. Como los de la ciudad no vieron mas de aquellos pocos, que no podian pasar los de caballo, resolvieron sobre él tan de súbito y con tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua, sin ver cómo. Mataron muchos de nuestros indios y prendieron cuatro españoles, que luego allí, para que todos los viesen, los sacrificaron y comieron. Albarado cayó de su locura por no creer á Cortés, que siempre le decia no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena; y otro tanto le pudiera entrevenir á él si creyera á los que decian que se pasase al mismo mercado; mas él lo consideraba mejor, porque ca-

da casa estaba ya hecha isla, las calzadas por muchas partes rompidas, y las azoteas llenas de cantos; que destos y otros tales ardidés muchos tuvo Cuahutimoc. Cortés fué á ver dónde había mudado su real Pedro de Albarado, y á le reprehender por lo sucedido, y avisarle de lo que tenía de hacer. Y como le halló tan metido dentro la ciudad, y consideró los muchos y malos pasos que había ganado, no solo no le culpó, mas loóle. Platicó con él muchas cosas tocantes á la conclusion del cerco, y volvióse á su real.

Las alegrías y sacrificios que hacian mejicanos por una victoria.

Dilataba Cortés de poner su real en la plaza, aunque cada dia entraba ó mandaba entrar á la ciudad á pelear con los vecinos, por las razones poco antes dichas, y por ver si Cuahutimoc se daría, y aun tambien porque no podía ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enemigos estaban ya muy juntos y muy fuertes. Todos los españoles, juntamente con el tesoro del Rey, viendo su determinacion y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza. El les dijo que hablaban como valientes, pero que convenia primero mirallo muy bien; ca los enemigos estaban fuertes y determinadíssimos de morir defendiéndose. Tanto replicaron, que al cabo otorgó lo que pedian, y publicó la entrada para el dia siguiente. Escribió con dos criados suyos á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Albarado la instruccion de lo que hacer debian; la cual en suma era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnicion, como que levantaba real, y que pudiese diez de caballo en la calzada, tras unas casas, porque si de la ciudad saliesen creyendo que huían, los alcanceasen, y él que se viniese adonde Pedro de Albarado estaba, con diez á caballo y cien peones y con los bergantines; y dejando allí la gente, tomase los otros tres bergantines, y fuese á ganar el paso do fueron desbaratados los de Albarado; y si lo ganaba, que lo cegase muy bien antes de ir mas adelante; y que si fuese, no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase ciego y bien aderezado; y Albarado, que entrase cuanto pudiese á la ciudad, y que le enviase ochenta españoles. Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez, por entramas lagunas. Repartió la gente de su real en tres compañías, porque para ir á la plaza había tres calles. Por la una entraron el tesoro y contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle envió á Jorge de Albarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles y mas de diez mil indios. Quedaron á la boca desta calle dos tiros y ocho de caballo. Cortés fué por la otra con gran número de amigos y con cien españoles á pié, de los cuales eran veinte y cinco ballesteros y escopeteros. Mandó á ocho de caballo que llevaba, que dase, y que no fuesen tras él sin se lo enviar á decir. Desta manera entraron todos á un tiempo y cada cuadrilla por su cabo, y hicieron maravillas, derrocando hombres y albaradas y ganando puentes. Llegaron cerca del Tianquiztli; cargaron tantos indios de nuestros amigos, que entraron por las casas á escala vista

y las robaron; y segun iba la cosa, parecía que todo se ganaba aquel dia. Cortés les decía que no pasasen mas adelante, que bastaba lo hecho, no recibiesen algun revés, y que mirasen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas, en que estaba todo el peligro ó victoria. Los que iban con el tesoro siguiendo victoria y alcance dejaron una quebrada falsamente ciega, que sería doce pasos en anchura y dos estados en hondura. Fué allí Cortés, como se lo dijeron, á remediar aquel mal recado; mas tan presto como llegó vió venir huyendo los suyos y arrojarse al agua por miedo de los muchos y asecurivos enemigos que venian detrás, los cuales se echaban tras ellos por matarlos. Venian tambien por agua barcas, que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entonces Cortés y otros quince que allí estaban sino de dar las manos á los caidos; unos salian heridos, otros medio ahogados, y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga, que los cercó. Cortés y sus quince compañeros, embebecidos en socorrer á los del agua, y ocupados con los socorridos, no se dieron cata del peligro en que estaban; y así, echaron mano del ciertos mejicanos, y lleváranse sino por Francisco de Olea, criado suyo, que cortó las manos al que le tenía asido, de una cuchillada; al cual mataron luego allí los contrarios; y así, murió por dar la vida á su amo. Llegó en esto Antonio de Quiñones, capitan de la guarda; trabó del brazo á Cortés, y sacóle por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entonces, á la fama que Cortés era preso, acudian españoles á la brega, y uno de caballo hizo algun tanto de lugar; mas luego le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta. Estancó un poco la pelea, y Cortés cabalgó en un caballo que le trajeron; y porque no se podía pelear allí bien á caballo, recogió los españoles, dejó aquel mal paso, y salióse á la calle del Tlacopan, que es ancha y buena. Murió allí Guzman, camarero de Cortés, por querer darle un caballo; cuya muerte dió mucha tristeza á todos, ca era honrado y valiente. Anuvo tan revuelta la cosa, que cayeron al agua dos yeguas; la una se remedió, la otra mataron indios, como hicieron al caballo de Guzman. Estando combatiendo una albarada el tesoro y sus compañeros, les echaron de una casa tres cabezas de españoles, diciendo que otro tanto harian dellos si no alzaban el cerco. Viendo esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco á poco. Los sacerdotes se subieron á unas torres del Tlatelco, encendieron braseros, pusieron sahumeros de copalli en señal de victoria. Desnudaron los españoles cativos, que serian hasta cuarenta, abrieronlos por el pecho, sacáronles los corazones para ofrescer á sus ídolos, y rociaron el aire con la sangre. Quisieran los nuestros ir allá y vengar aquella crueldad, ya que estorbar no la podian; mas bien tuvieron que hacer en ponerse en cobro, segun la carga y presa que les dieron los enemigos, no temiendo á caballos ni á espadas. Fueron este dia cuarenta españoles presos y sacrificados. Quedó herido Cortés en una pierna, y mas de otros treinta. Perdióse un tiro y tres ó cuatro caballos. Murieron cerca de dos mil indios amigos nuestros. Muchas de nuestras canoas se perdieron, y los bergantines es-

tuvieron para ello. El capitan y maestro de uno dellos salieron heridos, y el capitan murió de la herida dende á ocho dias. Tambien murieron peleando este mesmo dia cuatro españoles del real de Albarado. Fué aciago el dia, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de Méjico con grandes fuegos, con muchas bocinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como antes las tenían. Pusieron velas en las torres, y centinelas cerca de los reales; y luego por la mañana envió el Rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca, en señal de la victoria habida, rogádoles que dejasen la amistad de españoles, y prometiendo que presto acabaria los que quedaban, y libraria toda la tierra de guerra; lo cual fué causa que algunas provincias tomasen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron Malinalco y Cuixco contra Coahunauac. Sonóse luego esto por muchas partes, y temian los nuestros rebelion en los pueblos amigos y motin en el ejército; mas quiso Dios que no lo hubiese. Cortés salió con su gente otro dia á pelear, por no mostrar flaqueza, y tornóse de la primera puente.

La conquista de Malinalco y Matalcínco y otros pueblos.

A dos dias del desbarato vinieron al real de Cortés los de Coahunauac, que ya de muchos dias eran sus amigos, á decirle cómo los de Malinalco y Cuixco les daban guerra y les destruian los panes y frutas, y le amenazaban á él para después que los hubiesen á ellos vencido; por tanto, que les diese alguna ayuda de españoles. Cortés, aunque tenia mas necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió españoles, tanto por no perder crédito, cuanto por la instancia con que los pedian; lo cual contradijeron algunos españoles, que no les parecía bien sacar gente del ejército. Dióles ochenta peones españoles y diez de caballo, y por capitan á Andrés de Tapia, á quien encargó mucho la guerra y la brevedad. Dióle diez dias de plazo para ir y venir. Andrés de Tapia fué allá, juntóse con los de Coahunauac, halló los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratólos y siguiólos hasta la ciudad, que es un pueblo grande, abundante de agua, y asentado en un cerro muy alto, donde los caballos no podian subir. Taló lo llano, y tornóse. Hizo tanto fruto esta salida, que libró los amigos y atemorizó los enemigos, que tomaban alas pensando que iban muy de caída los españoles. Al segundo dia que Andrés de Tapia llegó de Coahunauac vinieron diez y seis mensajeros de lengua otomiltl, quejándose de los señores de la provincia de Matalcínco, sus vecinos, que les hacian cruda guerra y que les habían destruido la tierra, quemado un lugar y llevado la gente; y que venian hácia Méjico con propósito de pelear con los españoles, para que saliesen entonces los de la ciudad y los matasen ó echasen del cerco; y que proveyese presto de remedio, porque no estaban de allí mas de doce leguas, y eran muchos. Cortés creyó ser así, porque los dias atrás, cuando andaban peleando, le amenazaban mejicanos con Matalcínco. Envía allá á Gonzalo de Sandoval con dieciocho caballos y cien

peones y con muchos de aquella serranía que estaban dias había en el cerco. Tanto hizo Cortés esto por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, como por socorrer aquellos; que bien sabia en cuánto peligro andaban los que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de Otomiltl, que estaba destruída; llegó después á un rio que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran presa de un lugar que acababan de quemar; y como vieron españoles y hombres á caballo, huyeron, dejando buena parte del despojo. Pasaron otro rio y repararon en un llano. Sandoval los siguió. Halló en el camino fardales de ropa, cargas de centli y niños asados. Arremetió á ellos con los caballos. Llegaron luego los de pié, y desbaratólos. Huyeron. Siguiólos hasta cerrallos en Matalcínco, que estaba á tres leguas. Murieron en el alcance dos mil. La ciudad se puso en defensa para que entre tanto se fuesen mujeres y mochos, y llevasen la ropa á un cerro muy alto, do había una como fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos, que serian hasta setenta mil. Entraron dentro, echaron fuera los vecinos, saquearon el pueblo y luego quemáronlo, y en esto se pasó la noche. Los vencidos se recogieron al cerro que digo. Tuviron grandes llantos y alaridos y un estruendo increíble de atabales y bocinas hasta media noche; que después todos se fueron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana. Fué al cerro, y no halló nadie ni rastro de los enemigos. Dió sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor dejó las armas, abrió las puertas, dióse, y prometió de traer de paz á los de Matalcínco, Malinalco y Cuixco. Y cumpliólo, porque luego les habló y los llevó á Cortés. El los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco, de que mucho pesó al rey Cuahutimoc.

Determinacion de Cortés en asolar á Méjico.

Chichimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tabla de los bergantines, y que estaba con Pedro de Albarado del principio de la guerra, viendo que ya no peleaban españoles como solian antes, entró con solos los de su provincia, cosa que no se había hecho, á combatir la ciudad. Acometió una puente con mucha grita, y apellidando su linaje y ciudad, la ganó. Dejó allí cuatrocientos flecheros, y siguió los enemigos, que de industria para cogerle á la vuelta huían. Revolvieron sobre él, y trabóse una muy gentil escaramuza; ca unos y otros pelearon reciamente y á la igual. Pasaron grandes razones. Muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien. Diéronle carga, y pensaron asirle al paso del agua; mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros, que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia. Quedaron los de Méjico corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatian los nuestros segun solian, pensaban en Méjico que de cobardes ó enfermos, ó por ventura de hambrientos; y un dia al cuarto del alba dieron en el real de Albarado un buen rebato. Sintieronlo las velas, tocaron al arma, salieron los de

dentro á pié y á caballo, y á lanzadas les hicieron huir. Muchos dellos se ahogaron, muchos fueron heridos, y todos escarmentaron. Dijeron tras esto los de Méjico que querian hablar á Cortés. El se llegó á una puente alzada á ver qué decían. Ellos una vez pedían treguas y otra paces, y siempre ahincaban que los españoles se fuesen de toda su tierra. Era todo esto para descubrir qué corazón tenían los nuestros y para tomar algunos dias de treguas á fin de se bastecer; que su voluntad siempre fué de morir defendiendo su patria y religion. Cortés les respondió que las treguas ni á él ni á ellos convenian; mas que la paz, pues en todo tiempo era buena, no se perderia por él, aunque era el cercador y tenía mucho qué comer. Que mirasen ellos cómo la querian, antes que se les acabase el pan; no se muriesen de hambre. Estando así platicando con el farauté, se puso en el baluarte un viejo anciano, y á vista de todos sacó muy de su espacio de una mochila pan y otras cosas, que comió, dando á entender que no tenían necesidad; y con tanto se fenesció la plática. Muy largo se le hacia á Cortés el cerco, porque en cerca de cincuenta dias no habia podido ganar á Méjico; y maravillábase que los enemigos durasen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiesen paz ni concordia, sabiendo cuántos millares dellos eran muertos á manos de los contrarios, y cuántos de hambre y dolencia. Rogábales fuesen sus amigos; si no, que los mataría á todos y los ternia cercados por agua y tierra, para que no les entrasen fruta ni pan ni agua, y se comiesen unos á otros. Ellos decían que primero se morirían los españoles; y cuanto mas miedo les ponían, mas esfuerzo mostraban, y más reparos y arduos hacían; ca hinchieron la plaza y muchas calles de piedras grandes, para que no pudiesen correr los caballos; y atajaron otras calles á piedra seca, para que no entrasen españoles. Cortés, aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganase, y con ellas cegaron muy bien las canales de agua. Comunicó con sus capitanes, y á todos les pareció bueno, aunque trabajoso y largo. Dijo tambien á los señores indios del ejército, los cuales se holgaron con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con huiciles de palo, que sirven de pala y azada. En esto se pasaron cuatro dias. Cortés, como tuvo gastadores, apercebió su gente y comenzó á combatir la calle que va á la plaza Mayor. Los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el Rey. Respondieron que le habian ido á llamar. Esperó una hora, y al cabo tiráronle muchas piedras, flechas y varas, deshoñándole. Arremetieron entonces los españoles, ganaron una gran albarrada y entraron en la plaza. Quitaron las piedras que daban estorbo á los caballos, cegaron la agua de aquella calle de tal manera, que nunca mas se abrió; derrocaron todas las casas, y dejando la entrada llana y abierta, se volvieron al real. Seis dias á la continua hicieron los nuestros otro tanto como aquel, sin recibir mucho daño, salvo que al postrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo luego al siguiente dia una emboscada. Llamó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos suyos y de Albarado para juntar

con otros veinte y cinco que él tenía. Envió los bergantines delante y toda la gente, y él metióse con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza. Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y retiráronse. Al pasar de aquella casa soltaron una escopeta, que era la señal de salir la celada. Venian con tanto hervor y grita los contrarios ejecutando el alcance, que pasaron bien adelante de la zalagarda. Salió Cortés con sus treinta caballeros, diciendo: « Sant Pedro y á ellos, Santiago y á ellos; » y hizo gran estrago, matando á unos, derrocando á otros, y atajando á muchos, que luego allí prendian los indios amigos. En esta celada, sin los de los combates, murieron quinientos mejicanos y quedaron presos otros muchos. Tuvieron bien qué cenar aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podia quitar el comer carne de hombres. Ciertos españoles subieron á una torre de ídolos, abrieron una sepultura, y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro. Desta hecha cobraron en Méjico tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como antes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza vez que los nuestros se retirasen, por miedo de otra. Y en fin, esto fué causa para mas áína ganarse Méjico.

La hambre y dolencias que mejicanos pasaban con grande ánimo.

Dos mejicanos, hombres de poca manera, se salieron de noche, de puros hambrientos, y se vinieron al real de Cortés; los cuales dijeron cómo sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias, y que amontonaban los muertos en las casas por encobrillos, y que salían las noches á pescar entre las casas y adonde no los tomasen los bergantines, y á buscar leña y coger yerbas y raíces que comer. Cortés quiso saber aquello mas por entero. Hizo que los bergantines rodeasen la ciudad, y él con hasta quince de caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos, fué allá antes que amaneciese, metióse tras unas casas, y puso espías que le avisasen con cierta señal cuando hubiese gente. Como fué dia, comenzó de salir mucha gente á buscar de comer. Salió Cortés, por la seña que tuvo, y hizo gran matanza en ellos, como los mas eran mujeres y muchachos, y los hombres iban casi desarmados. Murieron allí ochocientos. Los bergantines tomaron tambien muchos hombres y barcos pescando. Sintieron el ruido las velas de la ciudad; mas los vecinos, espantados de ver andar por allí españoles á hora des acostumbrada, temiéronse de otra zalagarda, y no pelearon. El dia siguiente, que fué vispera de Santiago, patron de España, entró Cortés á combatir como solia la ciudad. Acabó de ganar la calle de Tlacopan, y quemó las casas de Cuahutimoc, que eran grandes y fuertes y cercadas de agua. Ya con esto estaban, de cuatro partes de Méjico, ganadas las tres, y se podia ir seguramente del real de Cortés al de Albarado. Como se derribaban ó quemaban todas las casas de lo ganado, decían aquellos mejicanos á los de Tlaxcallan y de los otros pueblos: « Así, así, dáos priesa; quemad y asolad bien esas casas; que vosotros las tornaréis á hacer, mal que os pese, á vuestra costa y trabajo; porque si somos vencedores, haréislas para nosotros, y si vencidos, para españoles. » Dende á cuatro dias entró Cortés

por su parte y Albarado por la suya; el cual trabajó lo posible por ganar dos torres del Tlatelulco, para estrechar los enemigos por su estancia, como hacia su capitán; hizo, en fin, tanto, que las ganó, aunque perdió tres caballos. Al otro dia se paseaban los de caballo por la plaza, y los enemigos mirando de las azoteas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raíces de árboles roídos, y los hombres tan flacos y amarillos, que hicieron lástima á nuestros españoles. Cortés les movió partido. Ellos, aunque flacos de cuerpo, estaban recios de corazón, y respondiéronle que no habíase en amistad ni esperase despojo ninguno dellos, porque habian de quemar todo lo que tenían, ó echarlo al agua, do nunca pareciese, y que uno solo que dellos quedase, habia de morir peleando. Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas, como se hacían cada dia; y para dañar, ó á lo menos espantar los enemigos, se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho á los de la ciudad. No lo acertaron hacer los carpinteros, y así no aprovechó. Los españoles disimularon con que no querian hacer mas daño de lo hecho. Como habian estado cuatro dias ocupados en hacer el trabuco, no habian entrado á combatir la ciudad, y cuando después entraron, hallaron llenas las calles de mujeres, niños, viejos y otros hombres mezquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés á los suyos no hiciesen mal á personas tan miserables. La gente principal y sana estaba en las azoteas sin armas y con mantas, cosa nueva y que puso admiracion. Greo que guardaban fiesta. Requirióles con la paz; respondieron con disimulacion. Otro dia dijo Cortés á Pedro de Albarado que combatiere un barrio de hasta mil casas, que estaba por ganar, y que él le ayudaria por la otra parte. Los vecinos se defendieron muy bien un gran rato; mas al cabo huyeron, no pudiendo sufrir la furia y priesa de los contrarios. Los nuestros ganaron todo aquel barrio, y mataron doce mil ciudadanos. Hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos, que á ningún mejicano daban vida, por mas reprehendidos que fueron. Quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio, que apenas cabian de piés en las casas que tenían, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podían pisar sino en cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenia por ganar de la ciudad; subióse á una torre, miró, y parecióle que una parte de ocho. Otro dia siguiente tornó á combatir lo que quedaba. Mandó á todos los suyos que no matasen sino al que se defendiese. Los de Méjico, llorando su desventura, rogaban á los españoles que los acabasen de matar, y ciertos caballeros llamaron á Cortés á mucha priesa. Él fué corriendo allá, con pensar que era para tratar de algun concierto. Púsose orilla de una puente, y dijéronle: « ¡ Ah capitán Cortés! pues eres hijo del sol, ¿ por qué no acabas con él que nos acabe? ¡ Oh sol! que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un dia con su noche, mátanos ya, y sícanos de tanto y tan largo penar; que deseamos la muerte por ir á descansar con Cuetzalcoatl, que nos

está esperando. » Tras esto lloraban y llamaban sus dioses á grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencerlos. Gran compasion les tenían nuestros españoles.

La prision de Cuahutimoc.

Cortés, que los vió en tanto estrecho y males, quiso probar si se darían. Habló con un tio de don Fernando de Tezcuco, que tres dias antes habia tomado preso, y aun estaba herido, y rogóle que fuese á tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio, sabiendo la determinacion de Cuahutimoc; pero al fin dijo que iria, por ser cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró otro dia con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles; los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merecía; fué luego al Rey, y dijo su embajada. Cuahutimoc se enojó y le mandó sacrificar. La respuesta que dió fueron flechazos, pedradas, lanzadas y alaridos, y que querian morir, y no paz. Pelearon recio aquel dia; hirieron y mataron muchos hombres, y un caballo con un dalle que traia un mejicano hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos murieron. Otro dia entró tambien Cortés, mas no peleó, esperando que se rendirian. Empero ellos no tenían tal pensamiento. Llegóse á una albarrada, habló á caballo con ciertos señores que conocia, diciendo que los podia muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima lo dejaba, y porque los quería mucho; que hiciesen con el señor se diesen, y serian bien recibidos y tratados, y ternian qué comer. Con estas y otras razones así les hizo llorar. Respondieron que bien conocian su error y sentian su daño y perdicion; pero que habian de obedecer á su rey y á sus dioses, que así lo querian; mas que se esperase allí, que iban á decirlo á su señor Cuahutimocin. Fueron, y dende á un rato volvieron, diciendo cómo por ser ya tarde no venia el señor, mas que luego al otro dia venia sin duda ninguna, á hora de comer, á le hablar en la plaza. Con tanto, se tornó Cortés á su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarian. Mandó aderezar el teatro de la plaza con estrado, á la usanza de los señores mejicanos, y de comer para otro dia. Fué con muchos españoles muy apercebidos. No vino el Rey, sino envió cinco señores muy principales que tratasen en concertos, y que le desculpasen por enfermo. Pesó á Cortés que el Rey no viniese; empero holgóse mucho con aquellos señores, creyendo por su medio acabar la paz. Comieron y bebieron como hombres que tenían necesidad; llevaron algun refresco, y prometieron de tornar, porque Cortés se lo rogó, y les dijo que sin la presencia del Rey no se podia dar ni tomar asiento ninguno. Volvieron dende á dos horas; trajeron de presente unas mantas de algodón muy buenas, y dijeron cómo en ninguna manera el Rey venia, ca tenia vergüenza y miedo; fuéronse, que ya era noche. Volvieron otro dia aquellos mismos á decir á Cortés que se fuese al mercado, que le haria hablar Cuahutimoc. Fué, y esperó mas de cuatro horas, y nunca el Rey vino. Viendo la burla, envió Cortés á Sandoval con los bergantines por una parte, y él por otra, combatió las calles y

albarradas en que estaban fuertes los enemigos; y como halló poca resistencia, ca no tenían piedras ni flechas, entró y hizo lo que quiso. Pasaron de cuarenta mil personas las que fueron aquel día muertas y presas, y mas tuvieron que hacer los españoles en estorbar que sus amigos no matasen que en pelear. El saco no se lo estorbaron. Era tanto el llanto de las mujeres y niños, que quebraba los corazones á los españoles; y tan grande la hediondez de los cuerpos que ya estaban muertos, que se retiraron luego. Propusieron aquella noche, Cortés de acabar otro día la guerra, y Cuahutimoc de huir, que para eso se metió en una canoa de veinte remos. Luego pues por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros, y fuése al rincón de los enemigos estaban acorralados. Dijo á Pedro de Albarado que se estuviese quedo hasta oír una escopeta, y á Sandoval que entrase con los bergantines á un lago de entre las casas, donde estaban recogidas todas las barcas de Méjico, y que mirase por el Rey y no le matase. Mandó á los demás que echasen al enemigo hácia los bergantines; subióse á una torre, y preguntó por el Rey. Vino Xilhuacoa, gobernador y capitan general. Hablóle, y no pudo acabar con él que se diesen. Todavía se salieron muchos, y los mas eran viejos y muchachos y mujeres; y como eran tantos y traian priesa, unos á otros se rempujaban y se echaban al agua y se ahogaban. Rogó Cortés á los señores indios que mandasen á los suyos no matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen mas de quince mil dellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor quería huir, y ellos ni tenían ni sabian adónde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabian, caian al agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arrimada á las paredes de las azoteas, disimulando su perdición. La nobleza mejicana y otros muchos estaban en canoas con el Rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Albarado acometiese por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón, donde estaban los enemigos. Diéronles tanta priesa, que en chicro rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas á huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real. Garcí Holguín, que era capitan de un bergantin, dió tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Dijo un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquellos del Rey, y que podia ser ir él allí. Dióle entonces caza, y alcanzóla. No quiso embestir con ella, sino encaróle tres ballestas que tenia. Cuahutimoc se puso en pié en la popa de su canoa para pelear; mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garcí Holguín, muy alegre con tal presa, lo llevó á Cortés, el cual le recibió como á Rey, hizole buen semblante, y llególe á sí. Cuahutimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y dijo: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los míos, y lo que obligado era para no venir á tal estado y lugar como estoy; y pues vos podeis agora hacer de mí lo que

quisierdes, matadme, que es lo mejor.» Cortés lo consoló y le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subióle á una azotea, rogóle mandase á los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos, que serian obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

De la toma de Méjico.

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés á Méjico Tenuchtitlan, mártis á 13 de agosto, día de Sant Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante día, los de la ciudad fiesta y procesión, en que llevan el pendón con que se ganó. Duró el cerco tres meses. Tuvo en él docientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, decisiere tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen, muy muchos mas; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comian poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedionda. Por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales tambien se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito; porque llegando á extremo de comer ramas y cortezas, y á beber agua salada, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos, no dieron señal de flaqueza; ca se tenían los muertos en casa porque sus enemigos no los viesan. De aquí tambien se conoce cómo mejicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan; que si la comieran, no murieran así de hambre. Alaban mucho las mujeres mejicanas, y no porque se estuvieron con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas; que tan buena pedrada daban ellas como ellos. Dióse Méjico á saco, y españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles, por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabriaba. Enterró los muertos como mejor pudo. Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del Rey; los demás dejó libres. Baró los bergantines en tierra; dejó en guarda dellos á Villafuerte con ochenta españoles, porque no los quemasen indios. Estuvo en esto cuatro días, y luego pasó el real á Culhuacan, donde dió las gracias á los señores y pueblos amigos que le habian ayudado. Prometiéndoles de se lo gratificar, y dijo que se fuesen con Dios los que quisiesen, pues al presente no tenia mas guerra, y que los llamaria si la hubiese. Con tanto, se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á Méjico, y por ir amigos de españoles y en gracia de Cortés.

Señales y prognósticos de la destrucción de Méjico.

Poco antes que Fernando Cortés llegase á la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecia dos horas antes del día, subíase en alto y deshaciase luego. Los de Méjico vieron entonces llamas de fuego hácia oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecia llegar al cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mesmo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dió qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo habia de ir gente blanca y barbuda á señorear la tierra en tiempo de Moteczuma. Entonces se alteraron mucho los señores de Tezcucó y Tlacopan, diciendo que la espada que Moteczuma tenia era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen á quebrar la espada; y como no pudieron ó no supieron, quedaron maravillados y pacíficos. Paresce ser que ciertos hombres de la costa habian poco antes llevado á Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras, que hallaron orillas del agua, traídas con tormenta. Otros dicen que fué la alteracion de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió á Moteczuma con Teudilli, mirando cómo se parecia al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habian de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos. El mesmo año que Cortés entró en Méjico apareció una vision á un malli ó calivo de guerra para sacrificar, que lloraba mucho su desventura y muerte de sacrificio, llamando á Dios del cielo; la cual le dijo que no temiese tanto la muerte, y que Dios, á quien se encomendaba, habria merced dél; y que dijese á los sacerdotes y ministros de los ídolos que muy presto cesaria su sacrificio y derramamiento de sangre humana, por cuanto ya venian cerca los que lo habian de vedar, y mandar la tierra. Sacrificáronlo en medio del Tlatelolco, donde agora está la horca de Méjico. Notaron mucho sus palabras y la vision, que llamaban aire del cielo, y que cuando después vieron ángeles pintados con alas y diademas, decian parecer al que habló con el malli. Tambien reventó la tierra el año de 20 cerca de Méjico, y salian grandes peces con el agua, que los miraron por novedad. Contaban mejicanos cómo viniendo Moteczuma con la victoria de Xochimilco muy ufano, dijera al señor de Culhuacan que quedaba Méjico seguro y fuerte, pues habia vencido aquella y otras provincias, y que ya no habria quien contra él pudiese. «No confies tanto, buen rey, respondió aquel señor; que una fuerza fuerza otra.» De la cual respuesta se mucho enojó Moteczuma, y lo miraba de mal ojo. Mas después, cuando Cortés los prendió á entrambos, se acordó muchas veces de aquellas pláticas, que fueron profecía.

Cómo dieron tormento á Cuahutimoc para saber del tesoro.

No se halló todo el oro en Méjico que primero tuvie-

ron los nuestros, ni rastro del tesoro de Moteczuma, que tenia gran fama; de que mucho se dolian los españoles, ca pensaban, cuando acabaron de ganar á Méjico, hallar un gran tesoro, á lo menos que hallaran cuanto perdieran al huir de Méjico. Cortés se maravillaba cómo ningun indio le descubria oro ni plata. Los soldados aquejaban á los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del Rey querian descubrir el oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; empero nunca pudieron con mejicano ninguno que dijese nada, aunque todos decian cómo era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así que acordaron dar tormento á Cuahutimoc y á otro caballero y su privado. El caballero tuvo tanto sufrimiento, que, aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal caso, ó porque no lo sabia, ó porque guardan el secreto que su señor les confia constantísimamente. Cuando lo quemaban miraba mucho al Rey, para que, habiendo compasion dél, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabia, ó lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algun deleite ó baño. Cortés quitó del tormento á Cuahutimoc, pareciéndole afrenta y crueldad, ó porque dijo cómo echara en la laguna, diez días antes de su prision, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenia, por haberle dicho el diablo que seria vencido. Acusaron esta muerte á Cortés en su residencia como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendía con que se hizo á pedimento de Julian de Alderete, tesoro del Rey, y porque paresciese la verdad; ca decian todos que se tenia él toda la riqueza de Moteczuma, y no queria atormentalle porque no se supiese. Muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra, por lo que dijo Cuahutimoc, mas nunca se halló; y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata, y no decirlo.

El servicio y quinto para el Rey, de los despojos de Méjico.

Hicieron fundicion de los despojos de Méjico. Hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron segun el servicio y méritos de cada uno. Cupo al quinto del Rey veinte y seis mil castellanos. Cupieronle tambien muchos esclavos, plumajes, ventalles, mantas de algodón y mantas de pluma; rodela de vimbre aforradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la copa y cerco de oro; muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las mas, de como quemar las conchas para sacarlas y aun para comer la carne. Sirvieron al Emperador con muchas piedras, y entre ellas, con una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de vaciadizo, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores; y todas tan al vivo, que habia mucho de ver. Diéronle asimesmo muchas manillas, cercillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hombres y de mujeres, y algunos ídolos y cebratanas de oro y de plata; todo lo cual valia ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros

dicen dos tanto. Enviaronle, sin esto, muchas máscaras musáicas de pedrecitas finas, con las orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los labios. Muchas ropas de sacerdotes, bragas, frontales, paliás y otros ornamentos de templos; lo cual era de pluma, algodón y pelos de conejo. Enviaron también algunos huesos de gigantes que se hallaron allí en Culhuacan, y tres tigres, uno de los cuales se soltó en la nao, y arañó seis ó siete hombres, y aun mató dos, y echóse á la mar. Mataron la otra porque no hiciese otro tanto mal. Otras cosas enviaron, pero esto es lo substancial; y muchos enviaron dineros á sus parientes, y Cortés envió cuatro mil ducados á sus padres con Juan de Ribera, su secretario. Trujeron esta riqueza Alonso de Avila y Antonio de Quiñones, procuradores de Méjico, en tres carabelas. Pero tomó las dos carabelas que traían el oro Florin, corsario francés, mas acá de los Azores, y aun también tomó entonces otra nao que venía de las islas, con setenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de aljófar y perlas, y dos mil arrobas de azúcar. Escribió el cabildo al Emperador en alabanza de Cortés, y él le suplicaba por los conquistadores, para que les confirmase los repartimientos, y que enviase una persona docta y curiosa á ver la mucha y maravillosa tierra que había conquistado, y que tuviese por bien que se llamase Nueva-España. Que enviase obispos, clérigos y frailes para entender en la conversión de los indios; y labradores con ganados, plantas y simientes, y que no permitiese pasar allá tornadizos, médicos ni letrados.

*Cómo Cazoncin, rey de Mechuacan, se dió á Cortés.*

Puso muy gran miedo y admiración en todos la destrucción de Méjico, que era la mayor y mas fuerte ciudad de todas aquellas partes, y mas poderosa en reino y riqueza. Por lo cual no solamente se dieron á Cortés los súbditos de mejicanos, pero los enemigos también, por desechar de sí la guerra; no les aconteciese como á Cuahutimoc; y así, venían á Culhuacan embajadores de grandes y diversas provincias y de muy lejos; ca, segun cuentan, eran algunos de mas de trecientas leguas de allí. El rey de Mechuacan, por nombre dicho Cazon, antiguo y natural enemigo de los reyes mejicanos y muy gran señor, envió sus embajadores á Cortés, alegrándose de la victoria y dándosele por amigo. El los recibió muy bien, túvulos consigo cuatro dias. Hizo escaramuzar delante dellos á los de caballo para que lo contasen en su tierra. Dióles algunas cosillas y dos españoles que fuesen á ver aquel reino y tomar lengua de la mar del Sur, y despidiólos. Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores á su rey, que estuvo por venir á verlos; mas estorbáronselo sus consejeros; y así, envió allí un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme á la persona que era. Llevóle á ver los bergantines, el asiento y destrucción de Méjico. Anduvieron los españoles el caracol en ordenanza, y soltaron las escopetas y ballestas. Jugó la artillería al blanco, que se puso en una torre. Corrieron los de caballo, y escaramuzaron con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero destas cosas y de las barbas y trajes. Fuése dende á cuatro dias que llegó, y tuvo bien qué contar al Rey su

hermano. Viendo Cortés la voluntad del rey Cazoncin, envió á poblar en Chincicila de Michuacan á Cristóbal de Olid con cuarenta de caballo y cien infantes españoles, y Cazoncin holgó que poblasen, y les dió mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro sin ley, por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre; todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo, y ofresció su persona y reino al rey de Castilla, como se lo rogaba Cortés. La cabeza principal y ciudad de Michuacan llaman Chincicila, y está de Méjico poco mas de cuarenta leguas, y en una ladera de sierras, sobre una laguna dulce, tan grande como la de Méjico, y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos, en que hay grandes pesquerías; á cuya causa se llama Michuacan, que quiere decir lugar de pescado. Hay también muchas fuentes, y algunas tan calientes, que no las sufre la mano, las cuales sirven de baños. Es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana, que muchos enfermos de otras partes se van á sanar á ella. Es fértil de pan, fruta y verdura. Es abundante de caza, tiene mucha cera y algodón. Son los hombres mas hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo. Grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman techichimecas, que están debajo ó cerca de aquel señorío; á los cuales, si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen cucitl, por afrenta. Son guerreros y diestros hombres, y siempre tenían guerra con los de Méjico, y nunca ó por maravilla perdían batalla. Hay en este reino muchas minas de plata y oro bajo, y el año de 1525 se descubrió en él la mas rica mina de plata que se había visto en la Nueva-España; y por ser tal, la tomaron para el Rey sus oficiales, no sin agravio de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese ó acabase; y así, la perdió su dueño, y el Rey su quinto, y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra, de que hacen sus navajas, y finísimo azabache. Criase grana de la buena. Españoles han puesto morales para seda, sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien; que Francisco de Terrazas cogió seiscientas hanegas, de cuatro que sembró.

*La conquista de Tachtepec y Coazacoalco, que hizo Gonzalo de Sandoval.*

Al tiempo que Méjico se rebeló y echó fuera los españoles, se rebelaron también todos los pueblos de su bando, y mataron los españoles que andaban por la tierra descubriendo minas y otros secretos. Mas la guerra de Méjico no había dado lugar al castigo; y porque los mas culpantes eran Huatuxco, Tachtepec y otros lugares de la costa, envió allá desde Culhuacan, por fin de octubre del año de 21, á Gonzalo de Sandoval con docientos españoles á pié, con treinta y cinco de caballo y con razonable ejército de amigos, en que iban algunos señores mejicanos. En llegando á Huatuxco se le rindió toda aquella tierra. Pobló en Tachtepec, que está de Méjico ciento y veinte leguas, y llamóle Medellín por mandado de Cortés y en gracia, que así se llama donde nació. De Tachtepec fué después Sandoval á poblar en Coazacoalco, pensando que los de aquel rio estaban amigos de Cortés, como lo habían prometido á Diego

de Ordás cuando fué allá en vida de Moteczuma. No halló en ellos buen acogimiento ni aun voluntad de su amistad. Díjoles que los iba á visitar de parte de Cortés, y á saber si habían menester algo. Ellos le respondieron que no tenían necesidad de su gente ni amistad; que se volviese con Dios. El les pidió la palabra, y les rogó con la paz y religion cristiana, mas no la quisieron; antes se armaron, amenazándole con la muerte. Sandoval no quisiera guerra; pero, como no podía al hacer, saltó de noche un lugar, donde prendió una señora, que fué parte para que llegasen los nuestros al rio sin contraste, y se apoderasen de Coazacoalco y sus riberas. A cuatro leguas de la mar pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo; ca no se halló antes buen asiento. Atrajo á su amistad á Quechollan, Cuatlan, Quezaltepec, Tabasco, que luego se rebelaron, y otros muchos pueblos, que se encomendaron á los pobladores del Espíritu Santo por cédula de Cortés. En este mesmo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapan, porque daban guerra á los de Tepeacac y á sus aliados. Hubo tres encuentros, en que murió mucha gente, primero que se diesen y consintiesen á los nuestros poblar en su tierra.

*La conquista de Tututepec.*

Deseaba Cortés tener tierra y puertos en la mar del Sur para descubrir por allí la costa de la Nueva-España, y algunas islas ricas de oro, piedras, perlas, especias, y otras cosas y secretos admirables, y aun traer por allí la especería de los Malucos á menos trabajo y peligro; y como tenía noticia de aquella mar de tiempo de Moteczuma, y entonces se le ofrescían á ello los de Mechuacan, envió allá cuatro españoles por dos caminos con buenas guías; los cuales fueron á Tecoantepec, Zacatollan y otros pueblos. Tomaron posesion de aquel mar y tierra, poniendo cruces. Dijeron á los naturales su embajada; pidieron oro, perlas y hombres para la vuelta y para mostrar á su capitán, y tornáronse á Méjico. Cortés trató muy bien aquellos indios; dióles algunas cosas, y muchas encomiendas y ofrescimientos para su rey, con que se fueron alegres. Envio luego el señor de Tecoantepec un presente de oro, algodón, pluma y armas, ofresciendo su persona y estado al Emperador; y no mucho después pidió españoles y caballos contra los de Tututepec, que le hacían guerra por haberse dado á cristianos, mostrándoles la mar. Cortés le envió á Pedro de Albarado, el año de 22, y no 23, con docientos españoles y cuarenta de caballo y dos tirillos de campo. Albarado fué por Huaxacac, que ya estaba pacífica; tardó un mes en llegar á Tututepec; halló en algunos pueblos resistencia, mas no perseverancia. Recibióle bien el señor de aquella provincia, y quiso apoderarle dentro en Tututepec, que es gran ciudad, en unas casas suyas muy buenas, aunque cubiertas de pajá, con pensamiento de quemar los españoles aquella noche; mas Albarado, que lo sospechó ó le avisaron, no quiso quedar allí, diciéndole que no era bueno para sus caballos, y aposentóse á lo bajo de la ciudad, y de allí envió al señor y á un su hijo; los cuales se rescataron en veinte y cinco mil castellanos de oro; que la tierra es rica de minas y ferias y en algunas perlas. Pobló Al-

barado en Tututepec; llamóla Segura. Pasó allá los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no tenían enemigos, y encomendóles las provincias de Coaztlauac, Tachiquanco y otras, con cédulas de Cortés. Vino Albarado á negociar cosas del nuevo pueblo con Cortés; y los vecinos en su ausencia dejaron el lugar, por las pasiones que hubieron, y metiéronse en Huaxacac; por lo cual envió Cortés allá á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, por pesquisidor, que condenó á uno á muerte; mas Cortés se la mudó en destierro, en grado de apelación. Murió en esto el señor de Tututepec; tras cuya muerte se rebelaron algunos pueblos de la comarca. Tornó allá Pedro de Albarado; peleó, y aunque le mataron ciertos españoles y otros amigos, los redujo como antes estaban; pero no se pobló mas Segura.

*La guerra de Coliman.*

Como tuvo Cortés entrada y amistad en la costa de la mar del Sur, envió cuarenta españoles carpinteros y marineros á labrar en Zacatullan, ó Zacatula, como dicen ya, dos bergantines para descubrir aquella costa y el estrecho que pensaban entonces, y otras dos carabelas para buscar islas que tuviesen especias y piedras, é ir á los Malucos; y tras ellos envió hierro, áncoras, velas, maromas, y otras muchas jarcias y aparejos de naos que tenía en la Veracruz, con muchos hombres y mujeres; que fué un gasto y camino muy grande. Mandó Cortés ir después allá á Cristóbal de Olid á ver los navios, y costear aquella tierra en siendo acabados. Cristóbal de Olid caminó luego para Zacatullan desde Chincicila, con mas de cien españoles y cuarenta de caballo, y mechuacaneses. Supo en el camino cómo los pueblos de Coliman andaban en armas, y que eran ricos. Fué á ellos, peleó muchos dias; al cabo quedó vencido y corrido, por haberle muerto aquellos de Coliman tres españoles y gran número de sus amigos. Despachó Cortés luego á Gonzalo de Sandoval con veinte y cinco de caballo y setenta peones y muchos indios amigos de guerra y carga, que fuese á vengar esto, y á castigar los de Impilcinco, que hacían guerra á sus vecinos por ser amigos de cristianos. Sandoval fué á Impilcinco, peleó con los de allí algunas veces, y no los pudo conquistar, por ser tierra áspera para los caballos. Fué de allí á Zacatullan, miró los navios, tomó mas españoles, pasó á Coliman, que estaba sesenta leguas, y pacificó de camino algunos lugares. Salieron á él los de Coliman al mesmo paso que desbarataran á Olid, pensando desbaratarlo también á él. Pelearon reciamente los unos y los otros; mas vencieron los nuestros, aunque con muchas heridas, pero con ningun muerto, sino indios; quedaron heridos muchos caballos. Hago siempre mención de los caballos muertos ó heridos, porque importaban muy mucho en aquellas guerras; ca por ellos se alcanzaba victoria las mas veces, y porque valían muchos dineros. Recibieron tanto daño los impilcincos con esta batalla, que, sin aguardar otra, se dieron por vasallos del Emperador, y hicieron darse á Colimantlec, Cuatlan y otros pueblos. Poblaron en Coliman veinte y cinco de caballo y ciento y veinte peones, á los cuales repartió Cortés aquella tierra. Trajeron entendido Sandoval y sus compañeros que á diez soles de allí había